

el continente, cuyos municipios reclamaban el mando de las tropas, además del de la milicia, para la conservación del orden.

Persuadido por los deseos del municipio de Ajaccio, creyó La Ferrandiere satisfacerlos desviando de la ciudad los cañones de la ciudadela; pero no bastaba esta medida para conjurar el conflicto, que pronto vino á exacerbar un inesperado incidente. Estaba en Ajaccio un ingeniero de caminos, llamado Cadenol, que había perorado contra la Constitución en la cercana aldea de Ucciani, en donde ejercía las funciones de su cargo. El Ayuntamiento mandó prender á Cadenol, pero el juez Raquine decretó la libertad del preso, quien se apresuró á refugiarse en la ciudadela, cuyo gobernador le entregó en manos de los agentes municipales á requerimientos del alcalde, bajo promesa de preservarle la vida de cualquier intentona.

Mientras Cadenol estaba preso en las Casas Consistoriales bajo la salvaguardia del municipio, la multitud prendió en sus propios domicilios al juez Raquine, al subdelegado Souiris y al director del hospital militar Descamps, conduciéndolos al convento de Capuchinos. A las solicitudes de La Ferrandiere para que se dejara en libertad á los presos, respondió el Ayuntamiento que era indispensable embarcar para Francia al juez Raquine y al mayor Lajaille. En cuanto á Souiris y Descamps serían trasladados á la ciudadela, según los deseos de La Ferrandiere, pero Cadenol quedaría á disposición del Ayuntamiento hasta que se dilucidase lo sucedido en Ucciani. Sin embargo, á ruegos de La Ferrandiere, consintió el Ayuntamiento en poner á Cadenol á disposición de la Junta Central de Bastia, quien ordenó embarcarlo para Francia, dejando en libertad á Lajaille. Napoleón tomó parte muy activa en estos disturbios, pues sin acaudillarlos, como equivocadamente afirman algunos autores corsos, aconsejó al alcalde en todas las determinaciones y redactó el informe que acerca de lo sucedido se elevó á las autoridades superiores, explicándolo favorablemente al municipio y aprovechando la ocasión para atacar violentamente á los adversarios del nuevo régimen, especialmente á Gaffory, hijo del gran patriota corso y furibundo realista, que, según Napoleón, excitaba á los labriegos contra la revolución. La infatigable parte que tomó Napoleón en estos sucesos y los ataques violentísimos que no vacilaba en dirigir á los adversarios de las nuevas ideas, cualquiera que fuese su posición,

le conquistaron el odio de los realistas, y sobre todo el de los nobles y los frailes, con quienes Napoleón no simpatizaba. Esta hostilidad trajo consecuencias que estuvieron á punto de ser mortales para el joven oficial. Los curas le miraban de reojo al pasar por su lado, y cierto día del mes de Julio, uno de ellos, llamado Recco, más fanático que sus compañeros, preparó un motin con objeto de asesinar á Napoleón,



La plaza de las Palmeras, en Ajaccio, con la estatua en mármol de Napoleón como Primer cónsul.

que acompañado de su hermano José, paseaba por la plaza hoy llamada de las Palmeras. Aprovechándose el cura Recco de la ocasión, reunió á varios sicarios conocidos, excitándoles contra los hermanos Bonaparte, quienes afrontaron el ataque como pudieron, en espera de auxilio. No tardó en llegar, porque Esteban Conti y Jaime Po, que habían presenciado la escena desde lejos, se interpusieron contra los agresores; pero éstos, en vez de retroceder, redoblaron las voces de muera, y se disponían á lanzarse sobre el enemigo de la religión y sus ministros cuando providencialmente pasó por allí el bandolero Mentacoste, quien sin miramiento al riesgo de darse á conocer y llevado por su afecto á la familia Bonaparte, no vaciló en escudar con su cuerpo á los dos hermanos, mientras que sacándose dos pistolas del bolsillo, apuntó

contra los amotinados, con amenaza de levantar la tapa de los sesos al primero que se acercara. Intimidados los agresores por la actitud de Mentacoste, cuyo valor les era conocido, se fueron dispersando poco á poco, y así se libró Napoleón del peligro que le amagaba y que, según se verá, no fué el último.

Al llegar Paoli á Córcega, después de haber recibido de la Asamblea constituyente y de los departamentos muestras de altísima honra, pactó con la revolución, consintiendo en deshacerse de Gaffory, que era blanco de ira para todos los patriotas corsos. Y como Gaffory mandaba el regimiento de Sales, ordenóle Paoli que lo disolviera, siguiendo en esto las inspiraciones del Ayuntamiento y de Napoleón, que se había constituido en consejero ferviente del gran patricio, no precisamente por ansia de medro personal, sino para favorecer las legítimas ambiciones de su hermano José. En las cartas que á éste le dirige desde Bastia ó desde Corte, le aconseja la conducta que ha de seguir para adquirirse las simpatías de los ajaccianos y ser elegido compromisario en las próximas elecciones. Le recomendaba insistentemente que rechazase de los Peraldi y de otras familias de la ciudad, cuyo medro podría perjudicarle. José no echó en olvido estos consejos, y tan diestramente supo seguirlos, que sin oposición resultó elegido compromisario en las elecciones generales y luego trasladóse á Orezza, en donde se habían de reunir los 419 compromisarios, con objeto de nombrar ciertos cargos importantes. Ofrecieron á Paoli el mando de las milicias insulares, con Cesari por segundo jefe, y Saliceti fué nombrado síndico general. Se ha dicho que Napoleón habló por dos veces en la asamblea de compromisarios, y aunque algunos autores lo niegan, es posible que Napoleón, en pleno vigor de su fogosa juventud y admirador incondicional de Paoli, aprovechara tan favorable coyuntura para expresar sus ideas acerca de la situación política y elogiar al padre de la patria. Respecto de José, no cabe duda de que habló desde la tribuna y expuso algunas reivindicaciones locales, en particular que fuese Ajaccio la capital del departamento, pero no se atrevió á formalizar esta petición temeroso de las protestas de los bastianos, y se satisfizo con pedir que Bastia y Ajaccio alternasen en la capitalidad. Además propuso, de acuerdo con Pozzo di Borgo, que la asamblea votase la erección de un obelisco á la memoria de los corsos sacrificados en el altar de la



FACHADA DE LA CAPILLA IMPERIAL (AJACCIO)

(Fué erigida en 1855 y en su cripta se hallan las tumbas de Leticia Ramolino, de su hermano el cardenal Fesch y de otros miembros de la familia Bonaparte.)

patria. Hubiera querido que se le eligiese administrador del departamento, como lo fueron Pozzo di Borgo y Mario Peraldi, pero no lo consiguió á causa de su corta edad, pues apenas tenía veintidós años. Sin embargo, obtuvo en compensación el nombramiento de presidente del distrito de Ajaccio.

Estaba próxima á terminar la licencia de Napoleón, pero antes de marchar al continente se le deparó coyuntura de intervenir en nuevos acontecimientos que afirmaron sus ideas revolucionarias. Escribió una carta á Pozzo di Borgo, aconsejándole medidas de rigor para desarmar á los realistas. Asistió á la inauguración de un club patriótico, cuya alma era, y en el que se inscribieron como socios sus hermanos José y Luciano, que sólo tenía catorce años. Pronunció muchos discursos, comentando acerbamente los últimos sucesos acaecidos en Francia y la situación política del país. Finalmente, escribió una carta á Buttafoco, que todos los historiadores napoleónicos consideran como una de las más significativas de su estado de ánimo en aquella época. El club patriótico de Ajaccio, profundamente indignado de que Buttafoco hubiese escrito una carta motejando á Paoli de zorro pelón, le condenó á ser quemado en efígie, lo que se hizo con gran pompa ante las autoridades de la ciudad, y además acordó que replicase á la insultante carta Napoleón, quien lo efectuó en términos de inaudita violencia. Después de elogiar á Paoli y de recordar las condiciones, igualmente honrosas para corsos y franceses, en que la isla había pasado á formar parte integrante de Francia, hizo una sombría semblanza de Buttafoco, comentando sus antecedentes y revelando sus antipatrióticas intenciones. Decíale Napoleón: «¡Andad con cuidado, que hay remordimientos vengadores! Seréis despojado de los bienes y pensiones que recibisteis en premio de vuestra traición. En la horrible soledad del crimen viviréis viejo y miserable bastante tiempo para que os atormente la conciencia. ¡Oh Laméth!, ¡oh Robespierre!, ¡oh Petion!, ¡oh Volney!, ¡oh Mirabeau!, ¡oh Barnave!, ¡oh Bailly!, ¡oh Lafayette! ¡He aquí el hombre que se atreve á sentarse á vuestro lado! Chorreante de la sangre de sus hermanos, manchado con crímenes de toda estofa, se presenta confiadamente con uniforme de general, inicia recompensa de sus fechorías. El que vendió á la nación, se atreve á llamarse su representante y vosotros lo soportáis.»